

Caz Frear

CORAZÓN DESPIADADO

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

AdN Alianza de Novelas

Título original: *Stone Cold Heart*
Publicada por primera vez en inglés por Zaffre,
un sello de Bonnier Books UK.

Primera reimpresión:

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Caz Frear, 2019
© The moral rights of the author have been asserted
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-XXXX-XXX-X
Depósito legal: M. XX.XXX-2019
Printed in Spain

Para Thomas, Katie y Charlie



@MadLou me dice que ojalá me hubiera asfixiado con mi propia placenta al nacer.

@daveholby2 se admira de que pueda soportarme a mí misma.

A Mad Lou no pienso dignarme contestarle; sin embargo, Dave sí se merece que le diga algo. La verdad es que siempre he sabido que llevaba dentro el instinto de matar; lo que no sé es si he podido vivir con ello.

Porque uno puede engañarse a sí mismo diciendo que se conoce bien. Uno puede afirmar que es una persona fuerte, o una persona débil, o una persona intermedia de las muchas que hay por la vida, que oscilan entre el soldado y el pusilánime dependiendo del lado de la cama del que se hayan levantado. Pero, créanme, hasta que uno no haya visto apagarse la luz en los ojos de un ser humano sabiendo que ha sido uno mismo el que ha accionado el interruptor, el que le ha arrebatado esos últimos segundos de esperanza, no tiene ni idea de lo que significa poseer fuerza ni debilidad. Uno no tiene ni idea de los horrores con los que se puede aprender a vivir.

Y es que, en última instancia, la vida misma nos obliga a vivir con ello. La rutina de la vida, su tiranía, la manera que tiene de empujarnos a dar el paso siguiente sin haber evaluado el último como es debido.

Y, fundamentalmente, de todos modos las cosas no cambian. El mundo continúa girando. Después del día viene la noche. Uno sigue haciendo cola en la caja del supermercado y preguntándose cómo se las arregla siempre para escoger la más lenta. Uno sigue quejándose de los precios del

transporte, de la factura del teléfono, del cajero automático averiado.

Uno sigue viviendo.

Como habría seguido viviendo ella si hubiera sabido tranquilizarse.

1

Agosto de 2017

—Cat, espera...

Sabe cómo me llamo. ¿Cómo demonios se habrá enterado?

Continúo avanzando, fingiendo que no lo he oído por encima del incesante gorgoteo de las cafeteras y de la insípida música de *jazz*. Ya casi he llegado a la puerta. Solo unos pocos pasos más y estaré fuera, a salvo de Casanova y disfrutando de los olores del mugriento verano londinense. Cerveza tibia. Gasóleo de los autobuses. Gotas de lluvia que se estampan contra las aceras recalentadas.

La felicidad.

—Eh, Cat, espera un segundo...

Esto ya lo veía venir y me daría de bofetadas por no haber hecho caso de mi instinto y no haber llevado a mi cliente a otro lugar. En realidad daría de bofetadas al detective Ben Swaines. Swaines se ha convertido en un esnob en lo que al café se refiere desde que empezó a salir con una chica de Sídney que pone copas y ahora no habla más que de café de sabor «terroso», o «resinoso», y cosas así, porque ¿para qué utilizar un solo adjetivo cuando puedes utilizar tres o cuatro?

Yo ni siquiera tomo café.

Casanova, el dueño de The Grindhouse, lleva varias semanas sirviéndose de eso como estratagema para ligar conmigo. Me sugiere que va a llevarme de viaje a Viena —en primera clase, naturalmente—, donde tomaré un tradicional café Fiaker que sin duda acabará por convertirme, y declara que «solo el sexo y un partido de golf en Gleneagles» pueden compararse con la emoción que supone encontrar un grano de café que proceda de un único origen.

Como decía mi madre, en el mundo tiene que haber de todo.
—Por favor, espera un momento...

Esta vez lo ha dicho en un tono más alto. Insistente. Para mayor escarnio, es media tarde y por lo tanto The Grindhouse está muerto. Estamos solamente yo y una abuela estresada que está intentando introducir un mejunje en la boca de un niño pequeño que no deja de revolverse, de modo que no tengo forma de hacer caso omiso de nuevo sin parecer maleducada o más sorda que una tapia. A falta de más opciones, pongo cara de póquer y me vuelvo sonriente hacia Casanova. Él ya ha salido de detrás del mostrador, y por un instante me quedo sorprendida al verlo de cuerpo entero, dado que todas las veces que he venido a este sitio para mí era solo medio ser humano, un torso flotante de color beis, vestido con una camisa de Ralph Lauren y dedicado a lanzar frases de coqueteo con acento repipi y a servir tazas de *caffè macchiato*.

—Ay, Dios, no me lo diga. —Me doy una palmada en la frente—. Otra vez he vuelto a dejarme la tarjeta en la máquina, ¿a que sí?

«¿Es posible que esto sea culpa mía? ¿Le habré dado yo pie para que actúe así? ¿Habrá confundido un olvido con una retorcida forma de seducción?»

—No, no, no pasa nada —balbucea él, lo cual en sí mismo resulta extraño—. Es que quería preguntarte una cosa. En realidad, es un tema un poco delicado. ¿Nos sentamos?

Más que una invitación, es una orden, y yo debería negarme rotundamente. De hecho, debería haberme negado hace varias semanas. Debería haberle contestado: «No, no me apetece ir a Viena. No me apetece ir a ninguna parte contigo. Tengo un novio que me provoca mariposas en el estómago en vez de tomarse a risa con un chiste el hecho de haber perdido mi pasaporte. Pero, claro, es que nunca se me ha dado bien decir que no. Tengo una tendencia innata a complacer a la gente. Por esa misma razón salgo a comprar cafés para todos cuando ni siquiera tomo café.

Y por esa misma razón me siento de mala gana en una silla y al mismo tiempo doy un repaso a Casanova. No sé por qué, pero desde este lado de la barra nunca me había fijado bien en lo atractivo que es. Cabello negro azabache. Ojos del color del whisky añejo. Unas pestañas que con gusto cambiaría por las mías. Alrededor de cuarenta y pocos años, le calcularía yo, con esa mortal mezcla de guapura juvenil y experiencia propia de un tío más maduro. Dudo que duerma solo muchas noches. Y apostaría a que muy pocas veces le dicen que no.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarlo? —Parezco una *girl scout* un poco crecida de más—. Aunque va a tener que darse prisa: no puedo consentir que se enfríen los cafés de mi equipo. He visto disparar a la gente por cosas menos importantes que esa.

Casanova guarda silencio unos instantes y luego emite un carraspeo.

—En fin, todo esto resulta un poco engorroso, y, sinceramente, lamento mucho molestarte con ello, pero es que se trata de mi mujer. Últimamente está un tanto... rara, supongo, dice cosas realmente inquietantes. Es algo nada característico de ella, la verdad, y está empezando a preocuparme.

«¿Su mujer?»

De repente el niño pequeño lanza un chillido, y enseguida finjo interés para ganar unos cuantos segundos y poder recalibrar adónde nos dirigimos ahora que ya está claro que no van a tirarme los tejos. Pero, por desgracia, no se puede dedicar muchos segundos a fingir interés por la confiscación de una jirafa de trapo, de forma que, a regañadientes, me giro de nuevo hacia Casanova y esbozo una sonrisa de solidaridad.

—Cuánto lo siento. Pero no sé muy bien cómo puedo ayudarlo yo en eso.

—Bueno, a mí me parece que resulta obvio —replica él con expresión perpleja—. Eres policía.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—¿El qué?

—Que soy policía. —Si mi institucionalización es tan obvia, ya puedo despedirme de cualquier trabajo como agente encubierto en el futuro.

—Lo sé porque la mayoría de los días te acompaña ese tipo gordo, que está claro que es policía. Créeme, si uno pasa casi diez años trabajando cerca de una comisaría, al final acaba reconociendo las señales. Lo mal que les sientan los trajes, el aire de importancia. Se les nota a la legua. —Luego suaviza las facciones—. Menos en tu caso, claro.

Continuemos.

—Sigo sin entender por qué el hecho de que yo sea policía va a ayudarlo con su mujer.

—Necesito que me aconsejes, claro está.

Me relajo al instante, pues sé que dentro de diez minutos estaré riéndome de esto. Estaré haciendo chistes con el equipo acerca del tipo que confundió a la Policía Metropolitana con el Departamento de Terapia de Pareja. Es lo mismo que el idiota que pidió a Parnell (el tal «tipo gordo») que detuviera a sus vecinos porque tenían un árbol que estaba bloqueando la señal de su antena parabólica y le impedía ver la lucha libre.

Aun así, soy una profesional, de forma que rápidamente adopto el apropiado tono de solemnidad.

—Mire, siento mucho que tenga problemas, lo siento de verdad, pero ese no es asunto de la policía. Seguro que tiene algún amigo o familiar con el que pueda consultarlo. Y si de verdad le preocupa el estado mental de su mujer, quizá debería acudir a un médico que...

—¡Un médico! ¿Que si me preocupa mi mujer? —Lanza una potente carcajada teñida de rencor—. No lo entiendes. No estoy preocupado por ella, sino por mí. Mi mujer es una persona inestable. Me ha amenazado, y varias veces.

Esto cambia las cosas. De momento no voy a poder servirme de esta historia para contar chistes.

—Ah, bueno, las amenazas sí que son asunto de la policía. ¿Lo ha amenazado físicamente? Porque, en ese caso, esas cosas nos las tomamos muy en serio. Pero tiene que ir a la comisaría de su barrio y presentar una denuncia oficial. Ese es mi consejo.

Casanova mueve las manos con gesto nervioso.

—No son amenazas físicas, ella es demasiado lista para hacer algo así. Es muy sutil. Retorcida. La gente la subestima.

—¿Puede concretar un poco más?

—¿Concretar?

Soy prudente a la hora de poner palabras en su boca, pero es que el tiempo apremia y tengo una pila de declaraciones de testigos que examinar: un caso de agresión con arma blanca en un establecimiento de comida para llevar de Caledonian Road en el que, aunque cueste trabajo crearlo, todo el mundo estaba demasiado ocupado comprando pescado para percatarse de que un metro más allá estaba cometiéndose un asesinato.

—Por ejemplo, ¿le ha hecho chantaje? ¿Ha causado desperfectos en enseres de su propiedad?

—No, no, nada que ver. —Su tono de voz indica que se siente frustrado conmigo. Joder, soy yo la que se siente frustrada con él. Tengo la sensación de no estar captando el sentido oculto—. Es más que eso. En fin, no deja de repetir que va a hacerme sufrir, que va a hacerme pagar. Y ahora me lo dice casi a diario. Los cambios de humor, las amenazas. ¿Lo consideras lo suficientemente concreto?

Concreto, sí es. Criminal, no. Aunque existe una zona gris que poco a poco va agrandándose. A los ojos de la ley, las palabras no constituyen un arma, pero, con la nueva legislación que está por llegar, hacerle la vida insoportable a una persona ya no se tolera igual que antiguamente, y yo estoy de acuerdo con eso.

—¿Y por qué quiere hacerlo pagar? Perdone que lo pregunte, pero es que en esta clase de denuncias el contexto es muy importante.

Casanova suprime una sonrisa y me invita a que lo adivine.

—¿Qué puedo decir? Nadie es perfecto, Cat. Yo nunca he afirmado ser el marido más honorable del mundo.

Una afirmación que hacen únicamente el diez por ciento de los maridos.

En este momento tomo una decisión: lanzarle un hueso y salir de aquí cagando leches. Regresar a la caótica seguridad de la sala de reuniones del Equipo 4 de Investigación de Homicidios (MIT4). Incluso estoy dispuesta a regalarle a Swaines una de esas cafeteras tan sofisticadas con tal de no tener que volver a poner un pie en este lugar.

—Mire, lo único que le puedo decir es que si la situación se está volviendo cotidiana, es posible, y recalco la palabra *posible*, que pueda presentar una denuncia por conducta controladora y coercitiva. —Casanova, embelesado, se inclina hacia delante..., un poco demasiado hacia delante y un

poco demasiado embelesado para mi gusto; no entiende en qué consiste respetar el espacio personal—. Se trata de un delito bastante nuevo que tiene que ver con los malos tratos psicológicos dentro de una relación. Sin embargo, no existen muchos precedentes, y ya le aviso de que resulta muy difícil de demostrar.

—Conducta controladora y coercitiva —repite él con los ojos brillantes, tanteando la envergadura de la expresión—. Gracias.

Me levanto y recojo los cafés, que ya están templados.

—Ya le digo que, sin tener más datos, ni siquiera sé con seguridad si se puede aplicar en este caso, y me temo que no entra dentro de mi especialidad. Pero hable con los de la comisaría de su zona, a ver qué opinan ellos.

Casanova hace un gesto negativo con la cabeza.

—No. No, no necesito hablar con nadie más. Tú me has sido de muchísima ayuda. —Yo no estoy tan segura de ello, pero todavía estoy menos segura de querer serle de ayuda—. Y, además, lo cierto es que no voy a presentar ninguna denuncia. Ni siquiera voy a decirle a mi mujer que he estado hablando contigo. Ese no es el objeto de esta conversación. —Esboza una sonrisa que hace que se estremezcan mis órganos internos—. Lo único que pretendo es salvaguardar mi posición, nada más. Para pensar con qué puedo amenazarla yo más adelante si su conducta empeora.

Esto es una sinrazón. Yo solo he venido aquí a comprar tres cafés cubanos y una tortita de albaricoque.

Casanova me acompaña hasta la puerta y se sitúa delante del tirador.

—Y bien, Cat, ¿cuál es tu especialidad? Déjame adivinarlo..., ¿los homicidios?

—He participado en un caso.

Esto lo divierte.

—¿En serio? Lo he dicho en broma. Se te ve demasiado... dulce para tratar con casos de asesinato. Debe de ser por los rizos, y también por esas pecas, naturalmente. —Me da un golpecito en el puente de la nariz, un movimiento tan rápido y superficial que apenas tengo tiempo para dar un respingo, y mucho menos para darle una patada en los huevos—. Dime, ¿cuánto tiempo hace que eres policía?

—La semana pasada hizo cinco años. —Señalo la puerta con la cabeza—. Y si quiero llegar a los seis, tengo que marcharme ya mismo.

—Vaya, ¿cinco años y sigues viniendo a por los cafés? —Sonríe como si supiera mucho, aunque ya me gustaría saber qué es lo que cree saber—. Será porque pones mucho interés.

Ahí aparece por fin: esa autoridad de tío pijo, ese reflejo motivado por el ego, que supone que esto lo hago por él.

—En ese caso, deberías aceptar esto. De hecho, insisto en que lo aceptes, a modo de agradecimiento. —Coge un adorno de madera tallada que hay detrás de mí. Es una máscara demoníaca en colores rojo y negro, ajada y grotesca—. El regalo que tradicionalmente corresponde a un aniversario de cinco años ha de ser de madera, y de todas formas ya llevaba un tiempo queriendo librarme de esta máscara. Asusta a los clientes, sobre todo a los niños. Pero es antigua y posee mucho valor. —Se la acerca a la cara y mira con sus ojos color ámbar a través de las estrechas ranuras—. La compré en un viaje de trabajo que hice a Huehuetenango. Está en Guatemala, por si no te suena. Se supone que representa al Conductor, también conocido por ser el principal ayudante de Lucifer.

Le ofrezco una sonrisa tensa al tiempo que recupero mis modales, ocultos en alguna parte.

—Gracias, es muy amable de su parte, pero me temo que no puedo aceptarla. Va contra las normas aceptar regalos del público, y yo soy muy puntillosa con las normas.

Lo cual es una afirmación que raya en la parodia, teniendo en cuenta las mentiras que he contado y los límites que he sobrepasado. Pero, oye, nunca he afirmado ser la policía más honorable del mundo.

Otra afirmación hecha únicamente por el diez por ciento de los policías.

2
Noviembre de 2017
Martes

Hasta que se marcha la última ambulancia y aparece la pintada totalmente a la vista no me doy cuenta de que ya he estado anteriormente en Coronation Gardens. De hecho, he estado más de una vez. Deben de haber pasado casi veinte años desde que estuve sentada en la sala de estar del número treinta y nueve aporreando el piano de cola de la señora Flint al son de una canción infantil, y aun así el sombrío eslogan continúa colgado por encima de los contenedores de basura con ruedas, apenas ajado por la intemperie y por el paso del tiempo:

«VEO HUMANOS, PERO NO VEO HUMANIDAD»

La señora Flint sí que debe de estar ya muy ajada por el paso del tiempo. Debe de tener por lo menos ochenta años, puede que más. De hecho, teniendo en cuenta que nunca gozó de muy buena salud, ni siquiera en aquella época, pues siempre lucía una palidez casi traslúcida y sufría una tos capaz de arrancar el empapelado de las paredes, creo que no me equivocaría mucho al suponer que probablemente ya habrá muerto.

Mientras que Naomi Lockhart está muerta sin duda alguna. Y solo tenía veintidós años.

—Una frase muy alegre —comenta Parnell a la vez que cierra la cremallera de su traje de forense—. Resulta estupendo ver este cartel cada vez que uno sale de la casa. No es precisamente algo que te suba la moral. —Me pasa un par de fundas de plástico para los zapatos—. Aunque yo diría que hoy resulta bastante apropiado, ¿no te lo parece a ti?

Le respondo afirmando con un gruñido, pero sinceramente no estoy segura. Yo veo humanidad a lo largo de todo el cordón exterior. La veo en las voces de los pensionistas, que miran la escena con cara de asombro, se quejan y rememoran la época en la que uno podía dejar abierta la puerta de la calle y los policías no parecían niños de pecho. La veo en las frentes fruncidas de los padres, que aferran a sus hijos un poco más fuerte y les prometen un rato más para jugar esta noche, una recompensa que se han ganado por el simple hecho de estar vivos. La veo en los gritos de los colegiales, que se ríen del perro que levanta la pata y la apoya contra la rueda del Audi de Steele, y en otros críos un poco mayores que, cuando nos ven pasar a Parnell y a mí con nuestros trajes de papel ondeando al viento, exclaman: «¡Mirad, son los Teletubbies!».

Hay humanidad por todas partes. Enseña la cara en las situaciones mejores y en las peores. De hecho resulta bastante infrecuente que se abra el socavón y se trague todo lo que es puro, leve y lleno de esperanza.

Y cuando se lo traga es cuando entra en acción gente como la del Equipo 4 de Investigación de Homicidios.

El parque de Coronation Gardens es un laberinto de casitas de color gris y tejado plano, todas idénticas entre sí y cada una de ellas flanqueada por un conjunto de muros de hormi-

gón que proporcionan mucha intimidad, pero quitan mucha luz, ya sea en sentido literal o metafórico. No es más que una urbanización pequeña y deprimente ubicada en una deprimente calle secundaria del norte de Londres, a unos cinco minutos a pie del ajetreo de Turnpike Lane, que es un área de una gran riqueza multicultural, si uno hace caso de lo que afirman las agencias inmobiliarias. Un área rica en delincuencia y en establecimientos cutres, si uno hace caso de lo que afirma Parnell.

Dicho de otro modo, el típico sitio en el que uno termina viviendo si cuenta con un presupuesto ajustado y no muchas opciones, lo cual es el caso de la mayoría de los londinenses que tienen menos de treinta años.

Aunque es mejor haber vivido aquí que haber muerto aquí, claro está.

—Veintidós años. Esta es la víctima de homicidio más joven que he tenido —le comento a Parnell mientras hacemos tiempo frente al número cincuenta, a la espera de obtener el visto bueno del agente uniformado. Técnicamente deberíamos poder marcharnos ya, pero él ha recibido la orden estricta de Mo Vickery, nuestra patóloga, que es un sol, de «no permitir que venga hurgando nadie más, me da igual si es el comisario o el arzobispo de Canterbury», y, a juzgar por el gesto avinagrado que luce en la cara, yo diría que ya ha sufrido los ladridos de Vickery o puede que incluso algún que otro mordisco. De hecho, se diferencian en muy poco; ambos producen escalofríos.

Parnell está sorprendido.

—¿La más joven? ¿Con veintidós? Pues tienes mucha suerte. El segundo caso que tuve yo fue el de un niño de seis años que apareció tirado en unos columpios del parque Violet Hill. Te ahorraré los detalles, pero digamos simplemente que pasé un mes casi sin poder comer. Adelgacé un montón.

Está pidiendo a gritos la pregunta:

—¿Y cuánto llevas adelgazado ahora, entonces?

Parnell se pasa las manos por el estómago, notoriamente más flaco.

—Diez kilos. No es que sea el tipo más esbelto del año, pero no estoy mal, ¿no?

—¿Kilos? Solo los fanáticos del entrenamiento hablan de kilos. Exprésate en cristiano, por favor.

—Aproximadamente quince libras y media. Y no soy un fanático del entrenamiento, Kinsella; tan solo estoy adoptando un estilo de vida más saludable.

—Ya sé de qué va la cosa —replico, intentando sin éxito mantener la cara seria—. Suspendiste el examen de forma física, ¿verdad?

—Te equivocas.

Le propino un codazo.

—Venga, a mí me lo puedes contar.

—Y te lo estoy contando: no lo suspendí.

Sacudo la cabeza en un gesto negativo.

—Qué va, no me lo creo. No habrías cambiado el pollo frito por las semillas de chía a no ser que la jefa te hubiera puesto a dieta.

La jefa. La inspectora jefa Kate Steele. La mujer por la que de mil amores atravesamos paredes de ladrillos y la persona con la que jamás podré llegar yo a medirme. Parnell no la tiene en el mismo pedestal, porque él la conoce desde hace mucho; desde cuando ella cometía algún que otro desaguisado, por lo visto.

«Excepto que lo que hice yo no fue un desaguisado, sino un encubrimiento en toda regla.»

—Kate Steele no ha tenido nada que ver con ello —insiste Parnell—. Para que lo sepas, fue Maggie la que me obligó a que me sometiera a una exploración en la consulta del médico. Es como la ITV para los vejestorios.

—¿Y qué te dijeron?

—Que no pasaba la ITV. El colesterol por las nubes, riesgo de contraer diabetes, gota, etcétera.

—Yo creía que la gota atacaba solo a las clases pudientes.

—Lo que me preocupa no es la gota, sino la posibilidad de un infarto. —Se pone sumamente serio—. No puedo permitirte el lujo de sufrir un patatús; todavía tengo hijos que llevan pantalón corto.

—Pues gracias a ello estás estupendo —le digo con sinceridad, aunque lo que quiero decir es que tiene mejor aspecto. No estoy segura de que Luigi Parnell haya estado estupendo en toda su vida. Incluso en las fotos de su boda luce una imagen de cierto abandono—. Y también me gusta ese traje nuevo. El azul marino es tu color.

—Me alegro. Me ha costado casi seiscientas libras.

—Oye, eso es un dineral. Qué barbaridad. A mí me ha costado menos equipar todo mi apartamento.

—Kinsella, ya sabes lo que digo siempre: el que compra barato compra dos veces.

«El que compra barato compra dos veces. El perro que persigue a dos liebres no atrapa a ninguna.» Parnell tiene un dicho para todo, una característica suya que eché de menos cuando estuve destinada en la oficina del alcalde este mismo año. Tengo que reconocer que el horario era bueno y que las máquinas expendedoras funcionaban mejor, pero, aparte de eso, todo era bastante prosaico: reuniones, informes, hojas de cálculo y reproches.

Claro que tampoco había cadáveres de veintidós años. Hay que tener cuidado con lo que se desea.

De repente aparece Vickery en el portal.

—Ah, bien, sois vosotros.

Me siento tentada de mirar a ver si hay alguien más a nuestra espalda, tal vez la detective Renée Akwa, porque

Renée le cae bien a todo el mundo, o el detective Seth Wakeman, que por lo general se libra de los desprecios que suele lanzar Vickery gracias a que ambos estudiaron en Oxford.

—Nos alegramos de que nos buscaras, Mo. —Parnell da un tímido paso adelante—. ¿Podemos?

—Podéis. —Vickery se hace a un lado—. Me preocupaba que fuera otra vez ese tal Flowers. No es que tenga nada personal contra él, pero es que abulta más que un elefante y nuestra escena del crimen, como veis, es más bien pequeña.

La puerta nos conduce directamente hacia una cocina enana y cutre. Medirá menos de nueve metros cuadrados y está abarrotada de armarios y de diversos electrodomésticos que dan la sensación de necesitar un buen manotazo para ponerse en funcionamiento.

Y otro objeto que abarrota la cocina, naturalmente, es el cadáver de Naomi Lockhart.

Cabello largo y de color lila, ojos maquillados con purpurina, bonitos: el típico cadáver que las revistas basura insisten en denominar *curvy* para referirse a que es una chica normalmente nutrida y que seguramente usa una talla por encima de la 36. Se halla tendida de espaldas y lleva un vestido plateado subido hasta los muslos. El brazo izquierdo está retorcido hacia arriba, mientras que el otro está caído pesadamente a un costado, y en la muñeca luce una pulsera con colgantitos formada por ocho abalorios de color rosa que forman la palabra *CONEJITO*. Lleva las uñas de los pies pintadas de color verde menta y tiene las manos metidas en bolsas, etiquetadas y selladas.

Vickery se queda mirando fijamente el cadáver.

—Un caso de lo más desagradable.

—Como todos —replica Parnell—. Bien, ¿qué es lo que tenemos?

Nos agachamos en cuclillas con diversos grados de facilidad: el crujido que hacen las articulaciones de Parnell ya es un fijo en todas las escenas del crimen.

—La causa de la muerte es, casi con toda seguridad, un traumatismo craneoencefálico, un fuerte golpe recibido en la parte posterior de la cabeza que, también casi con toda seguridad, ha sido causado por esto. —Señala la esquina afilada y manchada de sangre de un pequeño armario de cristal—. Si os apetece, podéis llamar a todos los expertos en manchas de sangre, lo cual le corresponde a Steele y a su presupuesto, pero estoy segura de que hasta la detective Kinsella, aquí presente, es capaz de reconstruir lo que casi con toda seguridad ha ocurrido. —Le dirijo una mirada totalmente inexpresiva, contenta de que lo haya explicado con tanto detalle—. A la víctima le golpearon la cabeza contra este borde afilado con una fuerza considerable, lo cual la hizo caer al suelo y terminar desangrada. Todavía no sé decir a qué velocidad, aunque sí puedo decir que todo el cadáver huele bastante a alcohol, y, como quizá sepáis, o no, el alcohol disminuye la densidad de la sangre, lo cual incrementa las hemorragias, de forma que debemos tomar en cuenta ese dato.

Junto al microondas hay un juego de cuchillos, y al lado del fregadero, unas tijeras. Me sorprende verlos, pues habrían sido armas más fáciles.

—¿No cabe la posibilidad de que haya sido un accidente? ¿Que resbalara y se cayera de espaldas?

Tengo que preguntarlo. En una ocasión Parnell tuvo un caso en el que resultó que la víctima estaba practicando saltos en sentadillas delante de un vídeo de YouTube cuando de pronto resbaló y se golpeó la cabeza contra la chimenea. Acabó perdiendo la vida, y todo por querer tener más espacio entre los muslos. Decir que fue algo trágico es quedarse muy corto.

—No, no, claro que no —responde Vickery. Naturalmente—. La tremenda fuerza que se deduce del daño sufrido por el cráneo apunta a algo violento, al igual que las tenues marcas que presenta la chica en el cuello y debajo de la barbilla, que sugieren que la agarraron y la empujaron hacia atrás. —Toca el rostro de Naomi con su linterna de bolsillo, con gesto desapasionado, tal como debe hacer todo buen patólogo—. Además, este ligero hematoma de la mejilla derecha sugiere que poco antes de la muerte tuvo lugar alguna clase de altercado. Yo diría que le dieron una bofetada, dado que los hematomas son paralelos y lineales, lo cual es típico de una mano abierta más que de un puño o un objeto.

Miro a Parnell a los ojos; los dos estamos pensando lo mismo. En primer lugar: es más probable que las bofetadas las propine una mujer; no constituye una verdad científica, pero hay muchas probabilidades de no equivocarse al suponerlo. En segundo lugar: por lo general una bofetada es un reflejo que expresa cólera más que un verdadero intento de hacer daño, lo cual quiere decir que si el autor fue un varón, seguramente era alguien que conocía a Naomi, y que sentía algo por ella, aunque fuera un cretino y un pirado.

Dicho de otro modo, esto ha sido algo personal. O por lo menos esa impresión nos da, y las «impresiones» son lo único que tenemos en las etapas iniciales de un caso.

—¿Ha habido agresión sexual? —pregunta Parnell.

—No hay nada que lo sugiera, de momento. —Lo cual quiere decir que te esperes al informe de la autopsia, pesado—. Obviamente, tiene el vestido levantado, pero eso podría deberse a la forma en que cayó al suelo. La ropa interior se ve intacta, y no hay hematomas externos.

—¿Se ha encontrado algo debajo de las uñas?

—Nada digno de ser mencionado, a primera vista. Desde luego, no hay daños superficiales en las uñas ni en las manos.

Lo cual significa que no fue una pelea entre iguales, y entramos en todo un nivel nuevo de depresión.

—¿Hora de la muerte? —pregunto.

Vickery se incorpora.

—Tengo entendido por la inspectora Steele que la víctima fue vista por última vez el sábado por la noche en una fiesta, pero la hora exacta todavía está por establecer. Teniendo en cuenta que presenta un ligero ablandamiento de los muslos, posterior al *rigor mortis*, yo calcularía que murió dentro de las doce horas siguientes después de salir de esa fiesta, como muy tarde el domingo por la mañana. —De pronto hay algo que atrae su mirada—. Ah, inspectora Steele, precisamente estaba hablando de usted. Acabo de poner a estos dos al día, a grandes rasgos, y me marchó ya.

A Steele se le aproxima el director de escenas del crimen, que se presenta como el Poderoso Bal Sangha, pese a contar con una estatura no demasiado «poderosa». Solo le saca una frente a Steele, que, calzada con los zapatos planos que suele llevar a las escenas del crimen, prácticamente mide lo mismo que una jarra de cerveza. Sangha saluda con un gesto de cabeza a Parnell, el cual parece conocerlo, y a mí me dirige un saludo minúsculo. Aguardamos unos pocos minutos, comentando lo horroroso de la escena, mientras Vickery recoge sus cosas y se marcha sin decirnos siquiera adiós.

Cuando ya tengo la seguridad de que Vickery no va a poder oírnos, le digo a Steele:

—Permiso para formular una pregunta sin sentirme imbécil.

—Permiso más o menos concedido.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—Su compañero de piso. Se llama Kieran Drake y tiene treinta y cuatro años. Es entrenador personal, tiene toda la pinta. Renée está tomándole declaración en estos momentos, pero el resumen es que lleva sin venir por casa desde el sába-

do a la hora de comer; ha estado de fiesta con unos amigos en Hounslow. Ha regresado sobre la una y media de la tarde de hoy. Tenía que volver porque los martes por la tarde recibe clases de HIIT, sea eso lo que sea.

—Entrenamiento de alta intensidad a intervalos —tercia Parnell, muy orgulloso de sí mismo—. Es de lo más popular. Los jóvenes creen que es algo nuevo, pero ya apostó por ello Sebastian Coe.

—Sí, gracias por la información, Lu, muy aclaratorio. —La expresión de Steele lo dice todo, y no es la única que está bregando con esta nueva versión de Parnell. La cosa es que, mientras todos aceptamos que lo que está haciendo es algo bueno, a la mayoría nos gustaba bastante la versión anterior, la versión que pesaba diez kilos más, que desayunaba empanadas de cerdo y compraba donuts «porque es martes»—. Sea como sea, Drake dice que la última vez que vio a Naomi, que, por cierto, es australiana, fue el sábado por la mañana. No hablaron mucho porque ella estaba ocupada en las tareas domésticas, pasar la aspiradora, cambiar las sábanas, cosas así. No sé muy bien cómo es la relación entre ellos; Drake es bastante mayor que ella, lo cual es poco frecuente entre las personas que comparten piso. Pero parece sincero. Se le nota conmocionado, turbado, y, según Renée, ha vomitado.

—¿Pero? —Ya me he contagiado del tono de Steele.

—Pero no hay señales de un allanamiento de morada. De manera que Naomi conocía a su asesino y le dejó entrar en la vivienda, o entró él por sí mismo, o ya estaba dentro. Un compañero de piso encaja con todas las hipótesis.

—Ya, bueno, pero si él estuvo de fiesta en Hounslow, habrá testigos a montones, ¿no?

Steele se aparta a un lado para dejar pasar a un grupo de tres técnicos de la policía científica que traen material de iluminación.

—Entiendo a qué te refieres, pero, a no ser que aparezca un testigo creíble que haya pasado pegado a él toda la noche del sábado y la mañana del domingo, Drake continúa siendo un posible sospechoso. Hay que atribuirle el hecho de que no hubo allanamiento de morada y, más importante todavía, el hecho de que...

Ya sé lo que va a decir a continuación. Es del curso básico de Hendon. La formación policial equivalente a aprender a contar hasta diez.

—Ya, ya, el hecho de que el sospechoso más obvio suele ser el acertado.

Parnell se vuelve hacia mí.

—Mira, ya sé que tú desprecias todo lo que queda más allá de la Zona 3, pero Hounslow no es exactamente Tombuctú. Un par de horas para escabullirse sin que nadie se percatase, eso es todo lo que Drake habría necesitado.

—En el timbre de la puerta no hay huellas claras —dice el Poderoso Bal Sangha, concediendo más credibilidad a la idea de que se tratara de alguien provisto de una llave—. Es posible que las hayan limpiado, pero no es raro que dejen manchas borrosas, así que no hay forma de saber nada. Y dudo que obtenamos gran cosa por fuera. El sábado llovió, acuérdense.

Decir que «llovió» es quedarse corto. Cayó el diluvio universal. Como si los dioses quisieran vengarse. Aiden y yo veníamos dando un paseo por el parque Victoria, después del típico asado de fin de semana, y tuvimos que guarecernos en el quiosco de música. Habría resultado muy romántico si no hubiera sido por las otras veinte personas que habían tenido exactamente la misma idea.

—¿Se ha encontrado algo en el cadáver? —pregunta Sangha.

—Hemos recogido varios cabellos ajenos. Y otro par de ellos en la cama.

—¿Y el teléfono de la víctima?

Steele hace un gesto negativo con la cabeza.

—Ya efectuaremos un registro como es debido cuando hayan terminado los técnicos, pero...

—Olvidalo —dice Parnell—. Una chica de veintidós años jamás se separa ni un metro de su teléfono. Si lo encontramos, estará en algún lugar obvio.

—Si ha desaparecido, por lo menos eso querrá decir que dentro de él hay algo que vincula a la víctima con su asesino —sugiero yo—. Los datos que contienen los teléfonos arrojan cierta luz.

—Me encanta esa actitud mental tan positiva —comenta Steele—. Está claro que ese novio que tienes te está transformando.

Pongo los ojos en blanco. Vale, tía, lo que tú digas.

—Vickery ha mencionado que la víctima estuvo en una fiesta el sábado por la noche. ¿Cómo lo sabemos? Por Drake.

—Hum, a eso iba. Cuando han introducido el nombre de Naomi en el sistema —probablemente haya sido Ben Swaines, que rara vez se aventura muy lejos de la oficina, el pobre—, han descubierto una llamada a la policía local realizada por una compañera de trabajo que estaba preocupada porque Naomi no se había presentado a trabajar por segundo día consecutivo. Dicha compañera es la que mencionó que había habido una especie de fiesta en la casa de su jefa. —Da unos golpecitos en el teléfono—. La jefa se llama Kirstie Connor y dirige una empresa de selección de personal.

—¿Y nadie hizo un seguimiento de esa llamada? —pregunta Parnell.

Steele hace una mueca de disgusto.

—Parece ser que no.

Claro que tampoco habría servido de nada, puesto que para entonces Naomi ya hacía mucho que había muerto. Tan solo habría servido para traernos a nosotros a este mismo

punto unas tres horas antes, pero esos detalles son los que entusiasman a la prensa sensacionalista. Ya estoy viendo los titulares: «Descartada una compañera de trabajo que estaba preocupada, entre otros aciertos de la policía».

Steele también se los está imaginando.

—Mira, gracias a Dios, ese problema no es nuestro. Pero, si sirve de algo, se ha procedido según el manual. Naomi solo era una empleada temporal, le pagaban por semanas. No tenía ningún vínculo fuerte con la empresa y tampoco había ninguna bandera roja. No estaba deprimida, que la compañera supiera. Se la habría considerado un riesgo bastante bajo. Ya sé que no es gran cosa, pero, en fin, estamos donde estamos.

Una manera oficial de decir que «vamos a tener que tragarnos este sapo».

Con la llegada de otro equipo de la policía científica, la cocina está empezando a parecerse a una fiesta casera de adolescentes, y urge la necesidad de irse a otra parte, a donde sea.

—¿Le parece bien que echemos un vistazo a la habitación de Naomi? —le pregunto a Sangha, refiriéndome a Parnell y a mí misma—. Solo para conocerla un poco mejor.

Sangha duda un instante, pero después accede.

Meto prisa a Parnell para que salga de la cocina y eche a andar por un corto pasillo revestido con un acabado Artex cuyas paredes están llenas de manchas de nicotina y cuya moqueta tiene el color de la nieve sucia. En el pasillo hay solo dos dormitorios, el de Naomi y el de Drake, lo cual quiere decir que el cuarto de baño debe de encontrarse situado enfrente de la cocina, y no hay sala de estar ni ningún espacio común. Es un piso de un solo dormitorio, reformado para constar de dos.

Bienvenidos al mercado del alquiler de Londres en 2017.

El dormitorio de Naomi es el más grande de los dos, y probablemente era la antigua sala de estar porque todavía hay una estufa de tres quemadores montada en la pared y la mo-

queta tiene un hoyo que debe de corresponder a donde estaba antiguamente el sofá. Lo primero que se me viene a la cabeza es que, fuera cual fuese la cantidad que Naomi estaba pagando, claramente era excesiva, porque, aunque la habitación está immaculada, recogida y amueblada con todos los elementos básicos que uno espera encontrar, como un armario ropero, una cama, una mesilla de noche y una mesa escritorio, la cama es cutre e individual, al ropero le falta una puerta y la mesa escritorio se ve calzada con un cartón porque no está equilibrada del todo.

En cambio, la mesilla de noche es bonita. Barata pero decorativa. Es muy probable que se la haya comprado la propia Naomi.

De forma que intentó darle a su habitación un aire hogareño, por lo menos habitable, y no sé muy bien si lo que me tiene compungida es el edredón con alegres soles dibujados o las orejas de Mickey Mouse que cuelgan por encima de la cama, pero tengo un nudo en la garganta que se me está resistiendo bastante.

Hace no mucho, lo que me apabullaba era la sangre: las heridas, el estropicio, la indignidad que representaba toquear el cadáver de una persona oliendo todavía su perfume, pero últimamente lo que más me conmueve son las pertenencias de las víctimas. Sus enseres, sus cachivaches y su ropa, todo tirado por el suelo. Al fin y al cabo, sus cosas son lo que retiene la esencia de lo que fue esa persona y lo que dicha persona amaba. Su cadáver, cuando ya nos hemos familiarizado con él, tan solo contiene sus órganos.

—Le gustaba la música —dice Parnell mirando fijamente un montón de entradas de conciertos sujetas con chinchetas en un corcho.

Rihanna, Little Mix, Ariana Grande, Adele.

Una chica admiradora de otras chicas.

—Esto le parte a uno el corazón —comento—. Era joven-císima.

—Kinsella, por Dios, puede que tú tengas el alma vieja, pero no eres precisamente lo que se dice una vieja.

—Ya, pero este trabajo envejece. Igual que pasa con la edad de los perros; calculo que en el tiempo que llevo siendo policía he envejecido noventa y siete años. Además, hay jóvenes y jóvenes. —Señalo el gigantesco cartel que domina la pared del fondo—. Para empezar, yo no opino que «CUANTO MÁS FUERTE SEA LA TORMENTA, MÁS GRANDE SERÁ EL ARCO IRIS».

—No te preocupes, a los veintiséis sigues siendo una niña.

—Ooh, es una edad muy peligrosa. Hay muchos famosos que murieron al cumplir los veintisiete, ¿no? Hendrix, Joplin, Morrison, Cobain, Winehouse. Todos los grandes.

—En ese caso, a Kinsella no le ocurrirá nada.

Steele ha aparecido en el umbral de la puerta.

—Eso me temo. Todos ellos murieron por ser demasiado desbocados. Yo últimamente soy de lo más aburrida que hay.

—Será por el señor X —replica Parnell guiñándole un ojo a Steele—. Sea quien sea, ha logrado tranquilizarla.

El señor X. Aiden Doyle. Que mi novio, que es encantador y un libro abierto, se cubra con ese velo de misterio resultaría risible si no fuera un hecho tan vital.

Observo fijamente la cama deshecha de Naomi buscando una razón para cambiar de tema.

—Oiga, jefa, ¿no ha dicho el compañero de piso que Naomi cambió las sábanas el sábado por la mañana? Cabría pensar que, ya que las cambió, también hizo la cama. De todas formas es lógico suponerlo, porque el resto de la habitación sugiere una persona bastante ordenada.

—¿Qué es lo que pretendes decir?

—Tan solo digo que, aunque obviamente acabó por regresar a la cocina, en algún momento del sábado por la noche debió de meterse en la cama.

—No lleva ropa de dormir —replica Parnell—. No soy experto en moda femenina, pero ese vestido plateado que lleva puesto no es un camisón, ¿no?

Hago una mueca.

—Por favor, sargento. Yo siempre caigo en la cama completamente vestida después de haberme tomado unas copas.

—Me dejas sorprendido. —Parnell está en modo paternal total, puntilloso y reprobatorio.

Lo cual me recuerda que este domingo tengo que llamar a mi padre verdadero. Entre cinco y diez minutos de conversación incómoda y banal, y de una codependencia tóxica. Aun así, eso mantiene contenta a mi hermana Jacqui, y de ese modo la vida nos resulta más fácil.

«Aunque no es que nos merezcamos tener una vida fácil, después de lo que hemos hecho.»

Steele interrumpe mis pensamientos.

—Bien, de manera que cuando llegó a casa se metió en la cama. ¿Qué nos dice eso?

—No lo sé muy bien. —Ya hace mucho tiempo que dejé de intentar echarme faroles con Steele—. Pero que las sábanas estén limpias sí nos dice una cosa.

—Continúa.

—Si el sábado por la mañana estaban recién puestas, hay muchas posibilidades de que los cabellos que se han encontrado fueran del sábado por la noche.

Steele hace un gesto de asentimiento con la cabeza, prudente.

—Hum, es posible, pero aun corriendo el riesgo de hablar igual que un demonio del lado oscuro... —Se refiere a la defensa. Ya está pensando en una condena, incluso antes de

contar con un sospechoso—. Siempre hay que vérselas con la temida alternativa de que las pruebas hayan sido colocadas a propósito por alguien, y los jurados no condenan basándose en una «posibilidad».

—Lo sé, lo sé. Pero la presencia de un amante es una teoría. ¿Naomi cambió las sábanas el sábado por la mañana porque esperaba la visita de alguien especial el sábado por la noche?

Steele esboza una sonrisita maliciosa.

—¿Esa es la única vez que tú cambias las sábanas? ¿Cuándo esperas tener una noche de pasión?

—La verdad es que las cambio cada quince días. Y el que diga que las cambia con más frecuencia está mintiendo o es un obseso de los microbios.

—O tiene una empleada de la limpieza. —Parnell me sonrío de oreja a oreja, aunque el comentario va dirigido a Steele.

Ella se lo toma con buen humor.

—Ya. De acuerdo, he delatado que provengo de la clase trabajadora. Pido perdón por trabajar setenta horas a la semana y no tener tiempo para limpiarme el culo, así que mucho menos para pasar la mopa a los suelos de mi casa. —Se levanta la manga para mirar el reloj, un TAG de oro rosado que yo he estado fantaseando con robar—. Hablando de tiempo, tenemos que irnos ya al trabajo de verdad, muchachos. Tengo a Festín y a Hambruna yendo casa por casa. —Se refiere al fornido sargento Flowers y al flaco detective Cooke—. Quiero que vayáis a ver a esa jefa, Kirstie Connor, y averigüéis qué ocurrió en esa fiesta. Con quién se mezcló Naomi, cualquier otra cosa que ella considere que debemos saber nosotros...

Dicho de otro modo, olvidarnos de la «colocación intencionada de pruebas», de los «traumatismos craneoencefálicos» y de todas las demás cosas que necesita entender todo

buen detective sin obsesionarse, y en lugar de eso concentrarnos en lo que mejor sabemos hacer. En lo que nos impulsa a levantarnos todas las mañanas. O, haciendo más honor a la verdad, en lo que nos impide dormir por las noches.

Las personas. Los sospechosos. Los testigos.

Las mentiras.

O, dicho en palabras de nuestra jefa, el trabajo de verdad.